

LAS OVEJAS Y EL LOBO

(fábula de terror)

por

Lupus

(seudónimo)

Aquel invierno del Bierzo leonés estaba siendo particularmente de extrema dureza. Tan intensas y constantes caían y caían las nevadas, que en las montañas la nieve había cuajado con tal dureza que aparecían como enormes bloques de icebergs flotantes en una aparente tierra líquida. Las bajas temperaturas hostigaron de tal modo a los lobos, que se vieron obligados a abandonar la seguridad de sus territorios roqueños, viendo cubiertas hasta sus propias madrigueras por una gruesa e impenetrable capa de hielo imposible de calar mediante el rasguño de sus zarpas encogidas de frío. Las crías y hembras, y también algunos machos, que quedaron atrapados en el interior, murieron irremisiblemente de inanición. Ni siquiera su espeso pelaje, adecuado por la madre Naturaleza para soportar las bajas temperaturas, los libraba de sentir en todo su rigor la crudeza del frío reinante, de modo tal, que sobre los collados y los montes podía seguirse un triste rosario con los cuerpos yertos de los lobos muertos, de frío, y, sobre todo, de hambre, en su

éxodo hacia las tierras bajas leonesas. Ni siquiera daban cuenta de sus cadáveres los volátiles carroñeros, sin duda huidos a tierras más cálidas. Por otra parte, la opción del canibalismo sería la última a que un lobo abocaría.

Uno de los lobos sobrevivientes acertó a pasar, no por casualidad, cerca de un aprisco, cerrado concienzudamente para servir de refugio a hombres y bestias por igual. En su interior, un nutrido rebaño de ovejas se arracimaban unas contra otras buscando calor en las compañeras y otorgando el suyo propio. Ningún pastor las guardaba: el redil era inexpugnable para las alimañas predatoras. Como los lobos. Cada pocos días alguien se llegaba hasta la tinada para reponer el forraje, el agua y los bloques de sal en tanto el tiempo no mejorase.

El lobo, en un estado completamente depauperado, famélico hasta la extenuación y en las últimas, en los puros huesos, se aproximó a la burda puerta construida con diversidad de maderos distintos. Golpeó blandamente el maderamen alzando la pata siniestra con sus escasas fuerzas menguantes.

Dentro se formó un gran revuelo de balidos asustados al tiempo que las ovejas correteaban de un lado para otro de la majada despavoridas. Al cabo, un macho cornudo, esperando granjearse las simpatías de algunas hembras con un acto de aparente valentía, restableció la calma en lo posible y se allegó hasta la puerta con todo el empaque de que fue capaz para interpelar al importuno visitante visto al través de las rajadas habidas en la estructura de la construcción rústica. A pesar de haber noche cerrada, pudo distinguir al recién llegado por mor de la albura de la nieve, Nueva barahúnda, ahora justificada, de balidos y carreras se creó en el interior cuando el macho informó aterrado de la identidad de él del exterior, apartándose por instinto de las cercanías de la entrada a pesar de su inexpugnabilidad.

-Que se vaya -decían unas y unos.

-¿Qué quiere? -preguntaban otros y otras.

Y cuestiones por el estilo reclamaban todos, sólo cuando se hubieron calmado en su pavor desmedido y bien justificado.

-Le preguntaré -resolvió el carnero una vez repuesto. Y se puso a dialogar con el lobo al través de las juntas de los tablones. La voz del aterido lobo no alcanzaba más que a unos centímetros a oírse.

-Pasa frío fuera -se volvió a informar el macho.

-Como si se hiela -opinaron los resentidos; no olvidaban el daño infligido en el pasado reciente por el predador.

-¡Pobre animal! -exclamaron los jóvenes, de corazón tierno, y los desmemoriados, viejos seniles cabrones.

-Se siente morir -volvió a informar el carnero.

-Se lo merece -opinaron los crueles.

-Debemos socorrerle -se opusieron los sentimentales.

El carnero continuó escuchando el susurro en que se había convertido la voz fiera del lobo; las fuerzas le abandonaban por momentos.

-No puede dar un paso -transmitió el sentir del lupino.

-Que se muera -dijeron los de corazón duro.

-Hay que salvarle -contradijeron los de corazón blando.

Así, en el interior del redil se formó un conciliábulo para determinar la actuación más acertada a seguir respecto al enemigo agónico.

-Dejémosle que se muera de frío, que pague todos sus crímenes -decían enfurecidos los más temerosos de las garras y los dientes del lobo.

-Debemos prestarle ayuda. Es un deber humanitario; hay que enterrar el pasado -argumentaban las ovejas más pacíficas e inexpertas-. Además, es Navidad, tiempo de paz y amor para todos sobre toda la Tierra.

-Se nos comerá -razonaban los corderos radicales.

-No tiene fuerzas -contrarrestaban los intelectuales.

-Que no entre.

-Que pase.

-Que no.

-Que sí.

Ante la falta de acuerdo en el debate se determinó que se realizaría pues una votación democrática –cada oveja un voto-, votación que acatarían todos los miembros del rebaño de buen talante, sin discusión.

Tras una breve exposición de las posibles posibilidades, se llegó a acordar que existían tres opciones, a saber: SÍ votarían todos aquellos y aquellas que estuviesen conformes en prestarle ayuda al lobo; NO votarían todos aquellos y aquellas que estuvieran de acuerdo en negarle todo auxilio; y EN BLANCO votarían todos aquellos y aquellas que estuviesen de acuerdo en que el tema no era asunto de su incumbencia, el voto de no intervención.

Dejando en el olvido los argumentos que esgrimieron los partidarios de una, dos o más opciones durante la breve campaña electoral, y sin entrar en la irregularidad del proceso, bástenos con saber que triunfó contra todo pronostico el SÍ, en votación realizada a pata alzada, aquí la irregularidad, ya que tanto los del No como los del voto EN BLANCO no levantaron la pata en la votación, y por tanto se aunaron sus votos, lo cual hace aún más rara la victoria del SÍ, y que los perdedores se dispusieron a secundar la decisión de la mayoría con la mejor de las disposiciones, sin el menor resentimiento; como borregos.

Auparon al macho cabrío, aquel que hiciera de intemediario entre el lobo y las restantes ovejas para darles a conocer a éstas las cuitas del lupino, entre los -las- demás corderos -ovejas- y cabras, y, apoyándose sobre las tablas que conformaban la rústica puerta, trató de levantar el zoquete de madera que trababa la dicha puerta al inmediato murete.

-Repantigaros contra la puerta -le indicó al resto de borregos-; así hará menos presión.

-Bé -estuvieron conformes éstos; o sea, bien, denotando un curioso, cuando menos, dominio del valenciano las ovejas leonesas. Cosa de la transhumancia.

El macho asió la sogá de esparto que utilizaban los hombres para levantar el palitroque del

encaje que le facilitaba la gruesa escarpia clavada a la pared y tiró hacia abajo de él, dejándose caer, cogido al cabo, con lo que la puerta pudo ser abierta fácilmente.

Todos prestaron su colaboración para introducir al exhausto lobo al redil. Le acomodaron sobre un lecho de paja limpia en el lugar más abrigado, prestándole además el calor corporal todo el rebaño en pleno, formando un nido de lana, echándose todos y todas en su rededor, para hacerle reaccionar favorablemente. Algunos minutos después -pocos, ciertamente-, el lobo parecía casi recuperado completamente de su estado de enfriamiento extremo.

-Gracias, amigos y amigas -dijo evidenciando cansancio-; si no es por ustedes hubiese muerto congelado ahí fuera.

-No tiene importancia -trataron las ovejas de restarle valor a su acción aunque en verdad se sentían orgullosas de ver reconocido su mérito, no en vano eran merinas.

Seguidamente, las ovejas comenzaron a infundir ánimos al lobo, con lo cual éste, ayudado por el favorable ambiente, cálido y confortable, fuese recuperando rápidamente al calor del hogar que le brindaban las cabras y ovejas.

-No te preocupes, amigo, te recuperarás.

-Levanta ese ánimo; te pondrás bien.

Y a poco, el lobo feroz y las mansas ovejas charlaban pródigamente, como camaradas de toda la vida, refiriéndose incluso chascarrillos al respecto de lobos y ovejas, viejas historias y chanzas con más verdad que inspiración.

Baste añadir, para que se comprenda el alcance de efusiva y cálida amistad que se estableció entre las antiguas víctima y el criminal brazo -mejor dicho sea boca- ejecutor, que jugó el fiero lobo con los corderos lechales a que él era el lobo y les perseguía por toda la tinada dándoles caza y simulando que se los zampaba de un sólo bocado.

-¡Qué bueno es! -exclamaban unos viéndole divertir a los corderillos como lo haría un padre carnero.

-En el fondo todos tenemos nuestro corazoncito -filosofó un borrego viejo.

-¿También los hombres? -indagó un joven cabrito. Pero nadie respondió a su simple pregunta por obvia respuesta.

Así se pasó la gélida noche, en la inmejorable -todos y todas estaban unánimemente conformes -compañía del recién amigo hallado lobo. Pues -parecía mentira- se descubrió como un tipo simpático como el que más, capaz de convertir la monotonía del recinto cerrado que era el redil en una fuente inagotable de recursos para el entretenimiento.

Pero todo tiene un final y, como acaba todo, le llegó el acabóse a aquella noche de frío invernal leonés.

Conscientes del peligro que corría su nuevo amigo si permanecía por más tiempo en el redil, los borregos más sesudos y sensatos le comunicaron sus temores.

-Creemos que es mejor que te vayas hoy, ahora, antes de que llegue el hombre, al que esperamos que venga hoy o mañana a más tardar. Ya hemos pensado en la posibilidad de ocultarte entre nosotras, cubriéndote con nuestros cuerpos, pero es arriesgado, pues podría descubrirte el hombre por medio de los perros pastores. Y qué sería de ti entonces... El hombre te quitaría la vida, no entendería nuestra amistad. Podrás volver de nuevo cuando el hombre se haya ido.

El lobo estuvo de acuerdo en que su salida del redil era la solución más sensata al problema. Todos y todas se despidieron de él con lágrimas en sus ojos de borrego, y ya con la puerta abierta, a punto de salir el lobo al exterior, se volvió hacia la manada y dijo:

-¡Ah!, hay una cosa que también tenía cuando llegué aquí.

Todos preguntaron:

-¿Qué es?... ¿qué es?

Y todas demandaron:

-Dinos qué podemos hacer por ti.

El lobo abrió su boca, mostrando sus enormes colmillos y retorciendo su jeta, la baba goteando por su barbilla saliente, deformada en gesto desconocido.

Se pronunció en un tono que no le habían escuchado hasta ahora las ovejas, que tuvo la virtud de

ponerles la lana de punta.

-También tenía hambre -sonrió-. Aún la tengo.

Y el lobo comenzó su cena navideña, postergada por excesivo largo tiempo en contra de su voluntad y gusto.

FIN